

## Escupir el asado

*Horacio González*<sup>1</sup>

La Argentina es nombre que suena con agrado; no lo vituperamos, no lo ridiculizamos, no lo maldecimos. Pero no es enteramente así. La maldición a las naciones es un rasgo comprensible de la formación de los pueblos y la ciudadanía, no sólo barrunto del eremita o del desahuciado. Pero hay que saber que maldecir a un ente vivo, el que sea, es en primer lugar maldecir un nombre. El de los núcleos nacionales se prestan como pocos al ejercicio del blasfemo. El sentimiento de agregación nacional nunca reúne sin residuos a los que se disponen a integrar el ámbito común. Nunca hay una porción menor de ciudadanos indiferentes a toda una clase de heráldicas nativistas. Según como se vea, la indiferencia suele ser repudiada con más énfasis que el reniego. Es lógico que en toda época haya numerosas personas que en su actuación hacen pesar visiblemente menos la pertenencia nacional. Pero no por eso se sienten rechazando los comportamientos unánimes y estables en tono al templete colectivo. La cuestión del “sentimiento nacional” y de la “autodescripción” de las efusiones de la identidad nacional, por el contrario, tiene a los individuos impasibles como necesario cartabón que regula las consonancias generales. La apatía es sin duda una de las características esenciales de la presencia común de los nombres. Aceptamos ser designados como “argentinos” en tanto acto que preserva libertades. Es un acto de segundo grado, que presenta la esfera común como digna de aprecio, pero que implícitamente otorga una libertad “sin nombres” al resto de las dimensiones en las que se desenvuelve nuestra vida. Cuando tomo un café en la esquina o disputo posiciones en el trabajo, no me defino por el gentilicio sino por denominaciones espontáneas o permanentes, casuales o estamentales, que hacen del nombre común una abstracción sin sentido.

Bien se comprende y se discute este hecho en las conmemoraciones patrias. No es en vano que todo orador de circunstancias remarque que es en “este día” que debemos recordar que una evocación debe mantenerse “todo el año”. La memoria pública vive bajo el acecho terrible del olvido inminente o de la abstracción que nos deja indiferentes o en estado de simulación ceremonial. La conmemoración, como otros eventos que ponen a la conciencia pública frente a valores que se consideran inolvidables, debe resolver la paradoja que alcanza a todo ritual. Si no estuviera, nos acecha el olvido; si está, no parece alcanzar su auxilio para explicar una celebración que parece excesivamente provocada, forzosamente instaurada por una signatura oficial. La vida real de un grupo nacional obedece a estas mismas disyunciones. Nadie se siente disgustado en exceso cuando se sorprende valorando como “argentino” algún evento o realización que parece digna de festejo, pero un deseo recóndito de volcarse a la blasfemia gobierna la porción de la conciencia que no exige la presencia de ningún sentimiento colectivo en la elaboración práctica de sus asuntos cotidianos. Esa indolencia es la cuota modesta de execración que rodea todo memorial ciudadano.

Comer un asado es un hecho que tiene, hermenéuticamente considerado, no menos de media docena de niveles de significación. Sin duda –si realizamos una somera enumeración– está la realidad de la carne, como tema económico, moral e incluso teológico; están los rituales de la alimentación compartida, que reafirman cierta concepción sacrificial de la amistad; tenemos el festejo de los dones nutritivos, aun sí sometidos a cierto escrutinio que, aunque indulgente, se toma su tiempo para lanzar el “aplauzo al asador”; existen las elaboraciones fantasmáticas sobre lo que se llamó “cuidado de sí”, que ponen al individuo frente a la trama práctico-inerte de la dietética; no olvidamos la condición lingüística de la *achura*, que podría ser un vocablo incaico pero es más bien un término sobre la acción de asar que ya se encuentra en Virgilio; y por fin, para no mencionar otras dimensiones considerables de sociabilidad (crudo y cocido, maneras de mesa) tenemos la invocación por excelencia de la simbología alimentaria argentina. Aquí no sería dificultoso seguir los itinerarios bien reconocibles de la leyenda aglutinadora del asado como emblema argentino, tanto en la publicidad comercial, el cine (*El Asadito*, de Postiglione) como en ciertas mitologías menores del bienestar comunitario en épocas consideradas edénicas (el asadito de los albañiles en la obra en construcción). Al asado quizás *no* se lo encuentra medularmente en el *Martín Fierro*, dando pábulo al pensar del vacío de “color local” que pronosticó Borges para todas las identidades, al promover la frase “en el Corán no hay camellos”. Es que el *Martín Fierro* es un libro sobre la forma melancólica de la lengua. La literatura le atribuye en

---

<sup>1</sup> Profesor Titular de la materia Pensamiento Latinoamericano en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director de la Biblioteca Nacional.

general este sentimiento a las maneras de habla que son previas a la deseable construcción de la ley social. Pero sí: en el *Martín Fierro* hay una reflexión sobre el asado. Está el famoso verso sobre el Viejo Vizcacha: “Si ensartaba algún asao, / ¡pobre!, ¡como si lo viese! / poco antes de que estubiese / primero lo maldecía, / luego después lo escupía / para que naides comiese”.

“Escupir el asado” es expresión que viene de lejos y es difícil que ceda en el uso nacional. Se trata de una forma calificada del mal. La acción en sí misma es francamente incomprensible, pues interrumpe con asqueante desprecio un fervor comunitario. Sin embargo, cada pueblo ha de tener preparada en frases blasfemas la operatoria del descastado o el placer del impío. Decir escupir el asado supone una expresión de quien desprecia el hilván ineluctable de la comunidad. Se arriesga a lo ininteligible. Leónidas Lamborghini llamó “saboteador arrepentido” a la versión lírica del escupidor del asado, colocándolo en punto a una totalidad enigmática. El sufrimiento del Viejo Vizcacha se pone a la altura de lo que el argentino moderno de las últimas décadas del siglo XX –ahora no parece ser así–, pudo pensar en términos de la ley social y su amenaza característica. El que escupe el asado, el que muerde la mano que le da de comer, es una caracterología que, tarde o temprano, los pueblos acaban elaborando. ¿Tiene algo que ver con las formas habituales de masacre que sustentan en todo momento el juicio sobre el obstáculo social? Las ideologías públicas argentinas que recorren el “cuerpo de lo masivo popular” eran benevolencias que ni se exigieron pensar la catástrofe ni pensaron que había obstáculos que no se pudieran superar.

¿Eran deficiencias importantes? En verdad, mientras el lenguaje popular extendido y acuñado clásicamente tiene la marca del estorbo –escupir el asado–, las ideas extensas de lo público que siguen públicamente vigentes actúan sin atribuirse la condición de pensar los obstáculos. Pero la Argentina surge con un doble juego de obstáculos. Digamos: diacrónico y sincrónico. Solo por la vía de una evocación fácil, utilizamos estas dos expresiones que antaño supieron ser significativas en la teoría corriente. En el caso diacrónico, la sucesión de alternativas políticas binarias son fácilmente detectables y ante ellas no han valido mayormente los intentos de romper el canon. La discusión sobre el modo federativo o centralizado de la organización nacional son legados que pueden retomarse hasta hoy, y ambos poseen mutua capacidad de veto. En el caso sincrónico, hallamos las formas cismáticas que rehacen cada presente social en heterogéneas expectativas de vida, usos culturales diversos y desequilibrios radicales en el usufructo general de bienes. Quiero dar un ejemplo que no parecerá extraño: el peronismo insistió enfáticamente en su carácter fundador, rupturista. Venía con literaturas sociales nuevas y si bien interceptaba acontecimientos anteriores, no tenía ni demasiada predisposición a considerarse parte de un legado ni creía que nociones como conducción y otras fueran réplicas tardías de una modalidad caudillista, sino de un nuevo tipo de ciencia social, quizás una sociocracia que en algo se sentía inspirada por el positivismo militar y social de siglo XIX. La tentación de esta fuerza o nombre político de abarcar toda la significación nacional o atinente a lo argentino, chocaba con la imposibilidad de hacerlo si no fuera creando otra escisión que incluso llevase su propio nombre, pero en este caso reclamándolo como “auténtico”.

En ambos casos, aparece siempre el acto de escupir el asado. La expresión, convengamos, que es sumamente incitante. Ya escupir, que es un acto incivil, torna patente que el cuerpo humano está formado en una parte considerable por humores recónditos, viscosos. Todos recuerdan la famosa ordenanza municipal de 1902, “prohibido escupir en el suelo”, un clásico normativo que en una economía de escala llevaba a la proliferación de salivaderas, hoy un rasgo en extinción de las sociedades que aún preservaban el vago ideal del gentilhomme y del caballero enjundioso de las clases “white collar”. Han fracasado las organizaciones que se proponían, bajo el módico propósito de controlar el esputo, introducir una noción garantista de la convivencia salútfera. El ideal de salubridad pública fracasaba, en efecto, por la ineficacia de la paradoja de que sería el Estado, por la vía de una ley, el que recogería las expectoraciones en un recipiente legítimo. Los que hemos visto las últimas salivaderas en estaciones, farmacias y peluquerías, sabemos que se trataba del postrer utensilio del Estado liberal individualista, anterior al colapso del higienismo positivista en manos de la libre expulsión de la flema en las caóticas calles de las metrópolis, en las cuales la reglamentación sobre las deposiciones de los perros y caniches sustituyó el bismarckismo de escupidera por la salubridad de las ONG’s de las mascotas.

Se entiende así la importancia del acto de profanación implicado por la acción contra el asado. Asar carnes es el muy estudiado gesto basal del inicio del acto civilizatorio y por lo tanto, de la regulación del lenguaje. Masticar carne caliente debió ser simultáneo a crear formas más suavizadas y plásticas del lenguaje articulado. En la alocución “escupir el asado” encontramos entonces una forma esencial del vituperio a las convenciones de la ley social. No se trata de una transgresión practicada en el teatro vivo de la existencia colectiva. No sé de nadie que haya dirigido su escupitajo contra esas nobles carnes. Pero el acto es un ensueño oscuro que habita en la lengua conversada que emite palabras y no espumarajos hacia fuera. El acto quimérico

ha pasado al lenguaje como sinónimo de inhibición surgida del delirio generado por el propio grupo. Es un autoexamen del estorbo histórico y cotidiano. Es lo contrario del aplauso al asador, salutación mística de conciliación y alborozo comunitario.

Hace medio siglo más o menos recuerdo que en nuestras facultades se leía el libro de la antropóloga inglesa Mary Douglas, *Peligro y pureza*, que trataba de un modo enteramente provechoso el tema de la profanación ritual –lo retengo vagamente, pero el libro no desmerecía las lecturas que sobre el asunto nos brinda el más actual Giorgio Agamben. Escupir el asado debió ser el sueño, hoy vigente en el lenguaje, de un acoso que los conjurados sociales dejan escapar de su seno como señal de libertad y peligro. Nadie en su sano juicio practicaría tal acción disgregadora, sometida al duro castigo del ostracismo y quizás la muerte. Pero sabía es la lengua común y atesora desde tiempos inmemoriales la acción indeseable por naturaleza, arquetipo injurioso asociable a lo peor del acto de renegación societaria y nacional.

Por eso el Viejo Vizcacha escupe el asado, aparentemente de un modo efectivo, en la real facticidad de la historia. Al asado “*primero lo maldecía, luego después lo escupía / para que naides comiese*”. Ese tipo de acción mítica, que el Martín Fierro da por verosímil y empírica, construyendo la persona misma del réprobo, demuestra hasta qué punto la poesía épica de los pueblos modernos conserva el ideal de pureza más arcaico y sigue siendo la ruta –por lo menos entre nosotros, argentinos– para investigar en qué remembranzas del organismo real del habla común, descansan las potencialidades de una advertencia y la siempre posible utopía de la extinción nacional. El personaje más odioso que brota de la cuerda interna de la pesadilla poética de un cuerpo colectivo, sigue ilustrándonos tanto como nuestros estudios más adelantados sobre la raíz semántica de las discordancias. Ellas tienen muchas explicaciones sabidas. Pero la frase que prohibía la docta ordenanza de 1902 aparece cuando las demás explicaciones fallan y cuando del interior de la lengua sale la advertencia sobre lo que le faltan a los argumentos para comprender nuestro propio lenguaje, esa imaginaria y deseada fábrica de explicaciones y odio.